

Ensayo

¿QUE ES LA POESIA?

por Oscar Wong

(Conferencia sustentada por el poeta y periodista chiapaneco Oscar Wong, en el plantel No. 1 del Colegio de Ciencias y Humanidades de la UNAM, el 21 de junio de 1982, a las 12 horas).

Confieso que cuando la UNAM me invitó a charlar sobre la Poesía, acepté de buen grado porque el tema me interesa sobremanera. Siempre estoy imbuido de ideas sobre el género . . . aun cuando en ocasiones éstas se opongan y modifiquen mis conceptos estructurados por la experiencia y las lecturas de otros autores. Quiero aclarar que no tengo la respuesta absoluta sobre la interrogante ¿qué es Poesía?

La mayor parte de los poetas han pretendido responder con su obra a la pregunta que flota en el aire. Otros se arrojaron al ruedo teórico y entregaron tesis fundamentales para algunos estudios de preceptiva. Bécquer fue más al grano poético y respondió —erótica y maliciosamente— “poesía eres tú”. En cambio Jorge Guillén expresó que incluso lo cotidiano tiene validez en el acto poético, sólo que debe ser convenientemente manejado.

“La poesía —destacaba Guillén— no requiere ningún especial lenguaje poético. Ninguna palabra está de antemano excluida: cualquier giro puede configurar la frase. Todo depende, en resumen, del contexto. Solo importa la situación de cada componente dentro del conjunto, y este valor funcional es el decisivo” (V. *Lenguaje y poesía*).

Si seguimos el razonamiento de Guillén, deducimos que la función de cada elemento poético es válido y, sobre todo, decisivo. Ahora falta averiguar cuáles son los componentes de que habla el autor.

José Gorostiza, en su discurso de recepción como miembro de la Academia Mexicana de la Lengua, y que después publicaría con el título general de “Notas sobre poesía”, explicaba que la poesía constituye “una investigación de ciertas esencias —el amor, la vida, la muerte, Dios— que se produce en un esfuerzo por quebrantar el lenguaje de tal manera que, haciéndolo más transparente, se pueda ver a través de él dentro de esas esencias” (Cfr. “Notas sobre poesía”, en *Poesía*).

De hecho, Guillén y Gorostiza hacen hincapié en lo mismo: la poesía señala lo esencial de la vida. No obstantante, el autor de *Muerte sin fin* pretende ir más allá: la poesía toca lo sublime, lo metafísico de la realidad, por ello agrega que eso que llamamos poesía no es otra cosa que “una especulación, un juego de espejos, en el que las palabras, puestas una frente a otras, se re-

flejan unas en otras hasta lo infinito y se recomponen en un mundo de puras imágenes donde el Poeta se adueña de los poderes escondidos del hombre y establece contacto con aquel o aquello que está más allá" (*op. cit.*)

En realidad, el poeta de *Canciones para cantar en las barcas* considera que la poesía es la organización de la experiencia existencial para que resulte más intensa, y vital, partiendo de un proceso significativo y de un lenguaje comunicador de valores o esencias. Básicamente nos acercamos a nuestro objetivo cuando manifestamos un "lenguaje comunicador de esencias". En efecto: la poesía se expresa por medio del lenguaje hablado o escrito.

Cuando se citan autores que en alguna ocasión explican sus particulares concepciones poéticas, es imposible soslayar a Paz: su libro *El arco y la lira* es cuestionado y defendido con la intensidad y apasionamiento que derivan de la posición ideológica de cada comentarista.

Y es que *El arco y la lira* contiene una serie de supuesto y pre-supuestos sobre el tema que siempre encuentran eco en los lectores a quienes está destinado. En 1974 también caí en la trampa de la soberbia intelectual: escribí un ensayito, que publiqué en "El Gallo Ilustrado", de *El Día*, titulado "Eso que llamamos poesía". Este trabajo dio pie a un librito que publicó la Casa de Cultura de Toluca, dentro de la serie, colección mejor dicho, "Abra Palabra". Ahí pretendí cuestionar el libro de Paz (1).

A casi una década de distancia, reelaboré algunos conceptos y sistematicé algunas ideas. Supongo que en mucho me ayudó la guía coordinación de la maestra Silvia Durán, durante la beca de crítica literaria que me concedió el INBA-FONAPAS en 1978. En efecto: revisé mis notas sobre poesía bajo el método de Georg Lukács (creía en ese entonces en la poesía como un rito, donde el poeta era el supremo sacerdote, algo que no se podía tocar sin caer en la profanación); descubrí entonces que la poesía debía ser considerada en tanto relación verbal, con sonido y significado, que expresa esencialmente la autoconciencia de la evolución de la humanidad.

Mi no definición, sino mi nueva idea al respecto, partía del hecho de que la poesía se encontraba en esa unidad de contrarios, justa e inseparable, de manera tal que lo expresado no pueda serlo de otra forma, sino en la ya utilizada; es decir; que los términos que conforman al poema sean exactamente esos, sin variaciones; que el contenido no pueda ser expresado de otra manera, sino con esa combinación de vocablos. Lo que Jaime Labastida, en *El amor, el sueño y la muerte en la poesía mexicana* consignaba como esencia de lo poético; "el mundo —aclaraba Labastida— es un *entresijo* de fenómenos en el que cada ser particular *refleja* de un modo peculiar al universo entero".

Labastida, como lo averigüé más tarde, reiteraba en la particularidad, ese concepto básico en la estética de Lukács. "La particularidad —confirma el autor de *Prolegómenos a una estética marxista*— como punto medio del reflejo estético de la realidad es lo único capaz de aclarar la específica unidad dialéctica del factor subjetivo y el factor objetivo como principio motor y contradictorio de toda esta esfera".

En otros términos, podemos derivar que si la poesía constituye una unidad dialéctica que sintetiza lo subjetivo y lo objetivo del hombre —o mejor, de la historia—, se entiende de manera general que la poesía tiene, en última instancia, una función social. Acaso por ello los trovadores y juglares "cantaban" los acontecimientos más importantes que habían conmovido —y conmocionado— a la comunidad. La poesía juglaresca era, ciertamente, testimonial, como también puede decirse lo mismo de los poemas homéricos. En el fondo de los acontecimientos épicos, de las luchas de los dioses, se refleja una realidad.

¿Qué es, pues, la poesía, sino la voz más entera del hombre que entrega sin duda alguna el espíritu de la época en la cual se inserta tal hombre? Para hablar en términos de expositor, digamos que tradicionalmente la historia literaria reconoce cuatro tendencias básicas en la poesía, partiendo necesariamente de los sujetos o protagonistas que intervienen en el proceso poético. A saber: a).- el objeto, b).- el sujeto creador, c).- la obra misma, y d).- los receptores.

La clasificación está supeditada a la preponderancia del objeto (realismo), a la del sujeto creador (romanticismo), a la de la obra (poesía poética o poesía pura) y a la de los receptores (poesía social).

Sin embargo, cualquiera que sea la clasificación que empleemos, es obvio reiterar que para conocer cuál texto es poesía, debemos adentrarnos en la observación directa de la obra. Buscaremos que en el texto que nos interesa estudiar se cumplan las leyes generales de la poética —el ritmo, la entonación, ecétera—observando muy de cerca si la obra refleja de manera correcta, objetiva, la realidad. Es decir, que el contenido nos sea ofrecido de manera nueva.

Vale referir que también nos logre conmover, que nos mueva esa fibra íntima del alma en virtud de la tensión o dinámica interna que tengan los versos. Ahí está, a mi juicio, la clave para reconocer una obra poética. Respecto a la temporalidad de la obra, cabe recordar lo que decía Goethe: “En su cima suprema la poesía parece completamente externa; cuanto más se refugia en la interioridad, tanto más está en vías de perecer”.

La poesía, se dice, está en todas partes. Sólo falta buscarla, captarla por medio de nuestros sentidos y expresarla convenientemente con palabras. Es lo que dice Lukács: El que una obra de arte sea capaz de ejercer un efecto perdurable o sólo efímero depende de la corrección y de la fuerza abarcante del reflejo de la realidad, de la profundidad y de la pasión en la captación de lo esencialmente nuevo, en la elaboración del contenido ideal . . . ”.

Sí, ahí está la clave: expresar relaciones humanas universales (a veces a través de condicionamientos histórico-Filosóficos, como ocurre en *Muerte sin fin*, de Gorostiza), concretados por la categoría de lo particular; el que el contenido ideal sea entregado con pasión de manera tal que sea novedoso.

Ciertamente: todo mundo habla de amor, pero sólo los poetas nos entregan un contenido nuevo en cada versión de ese amor. Todo lo demás estará lejos del criterio de valoración que manejamos, dentro de la simple derivación especulativa del lector o escucha.

Como corolario, debo citar a Martín Heidegger: “La poesía parece un juego y, sin embargo, no lo es. El juego reúne a los hombres, pero olvidándose cada uno de sí mismo. Al contrario, en la poesía los hombres se reúnen sobre la base de su existencia. Por ella llegan al reposo, no evidentemente al falso reposo de la inactividad y vacío del pensamiento, sino al reposo infinito en que están en actividad todas las energías y todas las relaciones”.

Vemos, pues, que todas las respuestas sobre ¿qué es poesía? apuntan a lo mismo: al hombre y sus relaciones con el mundo. En la medida en que la poesía refleja esas relaciones, con esa dinámica interna del verso, con esa tensión del espíritu, en esa medida estará reflejando su autenticidad. Todo lo demás es simple juego verbal, una pirotecnia de sonidos que deslumbra y enceguece, pero que jamás hace hincapié en lo contradictorio del hombre.

(1) No recuerdo exactamente la tesis de Paz, aunque parece ser que establecía la diferencia entre poesía y poema, explicando que éste último encerraba a la primera en realidad, el autor identificaba el sentido de la belleza, lo estético, con la poesía. Por mi parte, yo aclaré que ésta era una configuración verbal significada por la *poeticidad*, o sea eso que hace que una obra de arte sea poesía.